Esa noche, fui feliz

Joaquín Guillén

Capítulo 1

No me gustan las fiestas. Jamás me veo tan feliz como los demás, cuando comienzan; y siempre acabó igual de triste, al final. Además no sé bailar. Lo intente un par de veces en la vida y las consecuencias fueron fatales. Como la vez que le reventé un callo a mi prima, en su fiesta de promoción, o esa otra vez en la que me enrede con el cable del equipo de música y mande todo a la mierda. No sé por qué me siguen invitando.

Hasta esa noche. De tanto estar sentado, me dieron ganas de hacer algo. Fui al baño a orinar. En la entrada, había cola. El gordo Martínez detrás de una rubia, una chata de cabello negro detrás del gordo Martínez y, detrás de ella, yo. Cuando acabó la rubia, entró el gordo. Cuando acabó el gordo, entró la chata. No pasaron ni dos segundos y esta última salió del baño gritando. Se aferró a lo primero que encontró a la mano —o sea yo— y dijo:

—¡Aj, mierda! El huevón ese dejó submarino

Entré a inspeccionar.

Efectivamente, la cuestión era seria. La mierda, en resumen, era grande y sólida como una roca y tenía el color de la naturaleza muerta —con dientes y todo—.

—No hay derecho —dije resignado

—¿Y ahora qué hago? —preguntó la chata, preocupada

—No lo sé, Rick —y de pronto tuve una idea brillante—: Hay un grifo acá cerca, si quieres podemos ir

Ella me tomó de la mano, así medio picada como estaba y así medio achori como era, y me condujo escaleras abajo.

—Tú me guías —dijo

Caminar y charlar, dos cosas que van muy bien de la mano, casi tanto como nosotros de camino al grifo. Ella se llamaba Victoria, quería ser pintora y estudiaba recursos humanos.

—¡Qué curioso! Yo quiero ser escritor y estudió economía

Una coincidencia oportuna que nos dio tema para pasarnos dos y hasta tres grifos. Y es que sucede así cuando una chica es sensual. O cuando

uno conoce a la indicada: el mundo se transforma en ella y ella en el mundo. Desaparecen los grifos y desaparece todo lo demás. Y seguimos caminando hasta que ella se detuvo y, muy a propósito, me dijo:

—Me duelen los pies

Solo entonces reparé en sus enormes tacos y en sus pequeñas pantorrillas de grillo.

—El problema de ser chata y tener el pelo negro es que siempre tienes que usar tacos altos —agregó

—Ya veo. ¿Cómo puedo ayudarte? —le dije, porque antes que nada soy un caballero

—No lo sé, Rick —dijo ella y sonrió coqueta—. Lo único que necesito es un lugar donde descansar. ¿No conoces un lugar así?

Y ojala no me hubiera quedado tan sumergido en sus lindos ojos caramelo, porque de haber levantado los míos, limón, quizás habría visto el enorme letrero de neón que anunciaba:

"Hostal Sr. Kike. Habitación desde 30 soles. Atención las 24 horas. Wi-fi incluido"

—Pucha, no. Pero tengo una idea

Le presté mis zapatillas. Eran Converse y estaban un poco sucias. Eran cómodas. Ella protestó, yo le dije que no importaba, le conté que de pequeño caminaba descalzo a todas partes. Ella sonrió, se apoyó en mi hombro y me susurró:

—Tú no eres como los demás

No entendí a qué se refería, pero le dije:

—Tú tampoco eres como las demás, eres más linda

Y así, descalzo, la acompañé hasta su casa. En la entrada, ella me devolvió mis zapatillas y le incluyó al préstamo un beso en la mejilla, por concepto de intereses. Intercambiamos sonrisas, números telefónicos y dos "hasta luego" que ojala signifiquen hasta muy pronto, porque sin duda alguna tenemos que hacer algo con esa chispa que ya saltó entre nosotros.

Volví a casa por el camino de las ilusiones.

¡Qué curioso!, me dije a mí mismo una vez que llegué a mí cuarto, me eché en la cama y repase mentalmente las casualidades que me llevaron a conocer a Victoria.

Llamé al gordo Martínez:

—Eres un genio, gordo. Un maldito genio

—¿Por qué?

Colgué, abrace una almohada, fui feliz y me quede dormido.

FIN